

La morada oculta: La sociología como análisis de lo inesperado¹

Alejandro Portes

Mientras más reglamentamos a la sociedad,
más se resiste a nuestros intentos por controlarla

Richard N. Adams

HACE POCO, EN UNO DE SUS VIAJES periódicos a la ciudad de Nueva York, conocí a Roberto Fernández Miranda, director de la escuela La Luz, en la República Dominicana. Según me comentó, pese a lo numeroso de la matrícula su instituto estaba en pleno auge económico, cosa inusual para un país del Tercer Mundo. El secreto radica en que la mayoría de sus estudiantes son hijos de expatriados, pero no de los que ya regresaron a casa, sino de los inmigrantes que siguen viviendo y trabajando en Nueva York. Más o menos en la misma época leí un artículo en *The New York Times* referente a la proliferación de ese tipo de escuelas en las principales ciudades dominicanas, lo que muestra que el caso de La Luz no es excepcional.²

Los educadores dominicanos deben agradecer tal éxito a la legislación estadounidense. La instrucción de los niños en el Caribe ha ido acompañada por el uso de la disciplina física para reforzar la autoridad de los padres y

¹ Discurso presidencial al Congreso de la American Sociological Association, Chicago, 7 de agosto de 1999.

² Esta conversación tuvo lugar en el marco de un proyecto acerca de Comunidades Transnacionales entre los inmigrantes latinoamericanos que radican en los Estados Unidos. El co-investigador del proyecto es Luis E. Guarnizo, de la Universidad de California en Davis, y la investigación fue financiada por la National Science Foundation y la Ford Foundation. La entrevista se llevó a cabo en el distrito de Washington Heights, en Manhattan, en noviembre de 1997. Los nombres son ficticios.

maestros. Aunque la mayoría de las familias recurre poco al castigo corporal, no por ello éste deja de constituir la sanción última para violaciones graves y un instrumento aceptado para la crianza adecuada de los hijos. Sin embargo, al llegar a los Estados Unidos los inmigrantes dominicanos son privados de ese medio de control. Los niños aprenden que ellos pueden anular cualquier amenaza de castigo físico si, a su vez, amenazan a sus padres con llamar al 911 y denunciarlos por abuso infantil. De esta manera quedan en libertad para explorar las tentaciones que ofrece la cultura juvenil estadounidense, entre ellas el uso de drogas.

Así, los padres enfrentan un dilema: trabajar en Nueva York significa escapar de la atroz pobreza que los asfixia en su país natal, pero representa también el peligro de que sus hijos se pierdan en las calles y quizá tengan un trágico fin. Muchos llegan a una conclusión lógica pero dolorosa: dividir a la familia enviando a los hijos de regreso a República Dominicana para que vivan con sus abuelos o algún otro pariente y estudien en escuelas privadas.³ Esperan que en éstas se les instruya con la misma disciplina férrea con que los propios padres fueron socializados, sin las trabas de una legislación extranjera. Una vez que algunas familias inmigrantes optaron por esa decisión drástica, pronto otras hicieron lo mismo, para beneficio de los educadores privados de la isla. Los bien intencionados legisladores que elaboraron las normas para la protección infantil en los Estados Unidos nunca se imaginaron que terminarían creando un amplio sector de educación privada en otro país. Y las experiencias de los padres dominicanos no son las únicas, pues los inmigrantes de otras nacionalidades también envían a sus hijos a sus países de origen para protegerlos de lo que en su opinión son las consecuencias perversas de un exceso de libertad en los Estados Unidos.⁴

Cuando iniciamos esta profesión nos enseñaron a formular hipótesis acerca de diversos aspectos de la realidad social. Las hipótesis científicas suponen explícitamente que el mundo real es fiable y que por ello es posible predecir y advertir ciertas regularidades. De manera implícita, la lógica de la formulación de hipótesis suele dar por supuesto que las consecuencias derivan en forma más o menos lineal o racional de ciertos antecedentes. La linealidad implica un proceso acumulativo en el que la presencia y el desarrollo

³ Jose Itzigsohn, Carlos Dore, Esther Hernández y Obed Vázquez, "Mapping Dominican Transnationalism: Narrow and Broad Transnational Practices", *Ethnic and Racial Studies*, núm. 22, marzo de 1999.

⁴ Linda M. Matthei y David A. Smith, "Woman, Households, and Transnational Migration Networks: The Garifuna and Global Economic Restructuring", en R.P. Korzeniewicz y W.C. Smith (comps.), *Latin America in the World Economy*, Westport, Conn., Greenwood Press, 1996, pp. 133-149.

de ciertos factores conducen lógicamente a su término como efectos específicos. La racionalidad implica intencionalidad, cuando estos efectos resultan de las acciones deliberadas de quienes participan en ellas.

En efecto, muchas situaciones de la vida social son lineales y racionales en este sentido, por lo que se prestan a una ciencia de consecuencias acumulativas y predecibles. Ejemplos de este tipo incluyen la transformación de las aspiraciones paternas en éxitos académicos de los hijos; la concreción de los años de educación formal en remuneraciones; la conquista de poder político por los movimientos capaces de movilizar recursos humanos y materiales; y la obtención de tasas más altas de crecimiento por las naciones que invierten durante muchos años en infraestructura física y tecnológica.

La presencia de tantas regularidades lineales ha hecho que algunos sociólogos y varios subconjuntos de las disciplinas establecidas se constituyan a partir de la elaboración y perfeccionamiento de teorías basadas en esta suposición general: el mundo es predecible y las consecuencias derivan de manera acumulativa de ciertas premisas. Gran parte de la teoría económica contemporánea da un ejemplo de lo que es sustentar los enunciados en la presunción de preferencias y acciones estables, que son resultado de la búsqueda racional de ganancias individuales. Ciertamente no hay nada de malo en los análisis de esos resultados o en el hecho de basar un campo de estudio en una familia de sucesos predecibles y acumulativos. Muchas áreas de nuestra disciplina se han beneficiado con ese tipo de trabajo teórico.

Sin embargo la sociología parece tener un punto de vista diferente, que surge de su sensibilidad a la dialéctica de las cosas, al giro inesperado de los eventos y al surgimiento de estructuras alternas y compensatorias. Por ello en este trabajo se muestran algunos resultados inesperados y la afinidad de la sociología con ella, puesto que ahí yacen la promesa esencial y el principal reto para la disciplina en los albores de este siglo.

La construcción de sistemas y los críticos de los sistemas: una tradición bicentenaria

La historia de los intentos de crear sistemas sociológicos data de casi dos siglos y coincide con los primeros balbuceos de la disciplina. Los constructores de sistemas partían en su mayoría de la lógica acumulativa, que identificaba ciertos principios rectores de la sociedad de los que debía seguirse un conjunto de consecuencias predecibles. A finales del siglo no sólo Durkheim, sino todo sociólogo francés, alemán o, más tarde, estadounidense que se preciara de serlo quiso aportar su contribución a esta empresa intelectual. Los

libros resultantes, titulados *Sociología*, *Principios de sociología*, *Comunidad y sociedad*, etc., constituyen la base de nuestra herencia. Como estudiante del primer grado de sociología, en Buenos Aires, aprendí los primeros conceptos de la disciplina de tres de estos creadores de sistemas: los estadounidenses Robert M. Maclver y Charles H. Page,⁵ y el francés Armand Cuvillier.⁶

Pero al lado de esta corriente siempre ha existido otra tradición, la que cuestiona la validez de las intenciones explícitamente definidas y de las predicciones lineales. Este campo opuesto siempre ha sido heterogéneo, y en él se hallan desde los teóricos que dan primacía a los factores no racionales y carismáticos, hasta aquellos que elevan el conflicto a la categoría de verdadero motor de la historia. Esta segunda y diversa tradición encierra desde las síntesis de Marx y Engels de la dialéctica y el materialismo hegelianos, y el análisis de las funciones del conflicto de Simmel, hasta la celebración de la violencia de Sorel,⁷ y la crítica de C. Wright Mills al sistema parsoniano.⁸

De manera convencional, la teoría social ha presentado estas dos tendencias intelectuales como la perspectiva del “consenso” contra la del “conflicto”, pero yo no coincidí con ello. Una orientación al conflicto puede engendrar teorías basadas en el pensamiento lineal progresivo, como lo demuestran la versión althusseriana y otras interpretaciones del marxismo doctrinario tardío, mientras que una perspectiva consensual puede prestar atención a las consecuencias disfuncionales y funcionales latentes de instituciones cuyos propósitos manifiestos son otros muy distintos, como lo señaló Merton.⁹ El rasgo esencial que en este trabajo se destaca es la propensión sociológica al escepticismo, a buscar la “morada oculta” (término de Marx) que está detrás de la apariencia de las cosas, y a desenterrar lo inesperado en las estructuras y acontecimientos sociales. Esta tradición “antagónica” debe mucho a teóricos sociales de distintas orientaciones, pero no se identifica exclusivamente con ellos. De hecho, la institucionalización de esta modalidad de pensamiento antagónico debe tanto o más a sus practicantes empíricos.

⁵ Robert M. Maclver y Charles H. Page, *Society*, Nueva York, Rinehart, 1955.

⁶ Armand Cuvillier, *Manuel de Sociologie*, París, Presses Universitaires de France, 1950.

⁷ Georges Sorel, *Reflections on Violence*, Nueva York, Collier, 1961.

⁸ C. Wright Mills, *The Sociological Imagination*, Nueva York, Oxford University Press, 1959.

⁹ Robert K. Merton, *Social Theory and Social Structure*, Nueva York, The Free Press, 1968, pp. 92-96.

Sorpresas en el campo: la práctica de derrumbar mitos

El régimen militar del general Augusto Pinochet, en Chile, tuvo éxito al transformar de fondo la economía del país y al llevar a éste a la condición de “libre mercado” que conforma estrictamente el modelo de desarrollo neoliberal. Los analistas de estos acontecimientos lo han descrito como un cambio drástico tanto de las políticas socialistas del depuesto régimen de Allende como del modelo de Estado capitalista que impulsaron los gobiernos demócrata-cristianos anteriores. Sin embargo, lo que esos analistas no advirtieron es que fueron precisamente las políticas de los regímenes anteriores la base del éxito del neoliberalismo chileno de Pinochet. La reforma agraria de los demócrata-cristianos resquebrajó el poder de una oligarquía rural enquistada, mientras que la extensa privatización de la industria urbana, durante el régimen de Allende, dio al Estado chileno la cantidad de poder económico que ningún actor privado podía equiparar.

Con estos recursos el grupo económico de Pinochet, los “Chicago Boys” (así llamados porque la mayoría de ellos se había graduado en el Departamento de Economía de la Universidad de Chicago), pusieron en marcha su programa. En realidad, más que “liberar” el mercado chileno lo recrearon a su propia imagen, al hacer que el Estado se desprendiera selectivamente de los recursos industriales que le habían dispensado las nacionalizaciones anteriores. Así, un programa socialista que buscaba demoler el poder de la burguesía chilena y promover una sociedad más igualitaria terminó propiciando el dominio absoluto de las clases acaudaladas y una mayor desigualdad social. Como lo expresó el sociólogo chileno Álvaro Díaz: “Al final, nadie sabe para quién trabaja”.¹⁰

La realidad suele revelarse más adepata a los vuelos locos de la imaginación que el más osado de los teóricos. Una y otra vez sorprende cuán limitados son los esquemas conceptuales ante la complejidad de los fenómenos empíricos. La teoría implica procesos nítidos y progresivos que tengan sentido de acuerdo con cierta lógica formal. Pero la realidad no está sujeta a ninguna restricción de ese tipo y, por ende, es libre de ir más allá de las fronteras de las construcciones mentales. Así, las discrepancias entre la teoría y la realidad han sido tan frecuentes que la sociología ha dado lugar a cierto escepticismo disciplinario ante toda aseveración generalizadora, sin importar de qué tendencia ideológica provenga: ni los proletarios siguen afe-

¹⁰ Comentario expresado durante su presentación en la Conferencia de Respuestas de la Sociedad Civil a los Programas de Ajuste Neoliberal, patrocinada por el Andrew W. Mellon Program in Latin American Sociology, Universidad de Texas-Austin, abril de 1995.

rrados a la lucha de clases y a la revolución mundial, ni tampoco todos los actores del mercado se comportan como maximizadores codiciosos e incontrolados.

El ojo del sociólogo para lo inesperado va, entonces, acompañado de la práctica disciplinaria de derrumbar mitos, pues éstos suelen ser la concatenación de pasos supuestamente predecibles. En su análisis, Díaz lamentaba que hubiera muerto el mito socialista de que, al tomar el control de los medios de producción, los regímenes revolucionarios conducirían a la igualdad social. Otros ejemplos han sido más proactivos, y los tres siguientes lo ilustran:

Mito 1: Las jerarquías en las organizaciones son reales

El tipo ideal de “burocracia” de Weber, como asociación imperativamente coordinada, con líneas de autoridad claramente demarcadas y personal asalariado sujeto a reglas codificadas coincide en gran medida con la idea de que los constructores y directores de las estructuras corporativas tienen de ellas.¹¹ Sin embargo, después de que apareciera la primera edición del libro de Weber empezaron a descubrirse algunas grietas en el esquema. Las oficinas burocráticas y las líneas de ensamble industriales no funcionaban con la precisión de esas máquinas aceitadas que supuestamente eran. En particular, algunos factores de origen desconocido mantenían baja la productividad del personal administrativo y los obreros.

Así, varios sociólogos fueron contratados por las industrias para que indagaran qué era lo que realmente ocurría en las oficinas y en las plantas. Aunque no todos los estudios fueron financiados por las empresas, la totalidad de ellos coincidió en revelar dos hechos importantes: en primer lugar, la correlación imperfecta que había entre las estructuras de autoridad formal y real en las plantas industriales; en segundo, la aparición de estructuras normativas entre los obreros, que regulaban con mayor eficacia su comportamiento que las reglas fijadas por la empresa.¹²

Esta escuela de sociología industrial, de la cual el famoso estudio de Western Electric Hawthorne fue la base, esclareció en gran medida el funcionamiento cotidiano de las plantas y oficinas.¹³ Contrario a lo que se

¹¹ Max Weber, *The Theory of Social and Economic Organization*, Nueva York, Free Press, 1965, pp. 182-186 y 324-341.

¹² Fritz Roethlisberger y William J. Dickson, *Management and the Worker*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1939; William Finlay, “One Occupation, Two Labor Markets: The Case of Longshore Crane Operators”, *American Sociological Review*, núm. 48, pp. 306-315.

¹³ Roethlisberger y Dickson, *op. cit.*

suponía, las organizaciones modernas no laboraban como jerarquías perfectas, sino como entidades complejas, en alianzas, llenas de conflictos, favores personales y reglas no escritas. Las estructuras normativas informales resultaban de las interacciones entre las personas durante periodos prolongados, y generaban profundas trabas para la operación de los esquemas formales.

El análisis de Dalton acerca de la forma como los jefes de departamento de una gran corporación industrial se alertaban unos a otros en torno a las visitas “sorpresa” de los auditores de la empresa y se ayudaban para ocultar lo que no querían que éstos vieran:

La noticia de que se llevaría a cabo un conteo de partes provocaba una actividad febril entre los ejecutivos para esconder ciertas partes y equipo [...] Una acción conjunta que rara vez o nunca mostraban cuando se trataba de ejecutar las disposiciones oficiales, permitía que los obreros y choferes pasaran con relativa facilidad de un área de trabajo a otra.¹⁴

La acumulación de estas evidencias hizo que el análisis sociológico de las organizaciones se hiciera de otra manera. A diferencia del trabajo teórico de otras disciplinas, en el que se siguieron dando por sentadas las jerarquías en las organizaciones, los sociólogos comenzaron a dudar de esas estructuras. Este escepticismo profesional continúa hasta nuestros días y es evidente en la crítica de Granovetter al enfoque de “mercados y jerarquías” de la economía industrial;¹⁵ en los estudios de las culturas corporativas de Morrill y de Kantner;¹⁶ y en la importancia que asignan Burt,¹⁷ y Podolny y Baron¹⁸ a las formas y funciones de las redes sociales dentro y entre las organizaciones complejas.

¹⁴ Melville Dalton, *Men Who Manage: Fusions of Feeling and Theory in Administration*, Nueva York, Wiley, 1959.

¹⁵ Mark Granovetter, “Economic Action and Social Structure: The Problem of Embeddedness”, *American Journal of Sociology*, núm. 91, pp. 481-510.

¹⁶ Calvin Morrill, “Conflict Management, Honor, and Organizational Change”, *American Journal of Sociology*, núm. 97, pp. 585-621; Rosabeth M. Kantner, *Men and Women of the Corporation*, Nueva York, Basic Books, 1977.

¹⁷ Roland S. Burt, *Structural Holes. The Social Structure of Competition*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1992.

¹⁸ Joel M. Podolny y James N. Baron, “Social Networks and Mobility in the Workplace”, *American Sociological Review*, núm. 62, octubre de 1997, pp. 673-693.

Mito 2: Las zonas urbanas pobres están socialmente desorganizadas

Los ensayos acerca de urbanismo han descrito a las áreas pobres de las ciudades como lugares donde existe la desorganización social y las conductas patológicas. Dichos estudios se basan en cierta lógica simple según la cual las condiciones de vida de esas zonas son imputadas a las carencias personales y sociales de sus habitantes. Sin embargo, otra tradición igualmente veterana de la sociología contradice tales aseveraciones, al advertir la existencia de conductas modeladas y de estructuras normativas en esas zonas.¹⁹ La controversia continúa hasta la fecha. La relación aparentemente obvia entre las carencias personales y grupales y la pobreza sigue engendrando determinada literatura seudocientífica en la que algunos autores identifican el “elemento faltante” en las áreas empobrecidas y lo muestran a la nación como la verdadera causa del problema. El más reciente de los inculpados ha sido la ausencia de “capital social” en el barrio y la incapacidad consecuente de sus habitantes para actuar de manera coordinada. La idea de este razonamiento retroactivo es que los pobres son pobres porque carecen del espíritu colectivo y la solidaridad que se encuentran en grupos más exitosos. Pero, en contra de tales pronunciamientos, los estudios empíricos de algunos sociólogos, como Edwina Uehara y Kathryn Edin,²⁰ entre otros, revelan la presencia de redes sociales y de reciprocidad en los barrios, y lo mucho que sus habitantes dependen de ellas. El problema de las áreas pobres no es que sus residentes no se conozcan o se ayuden entre ellos, sino que los recursos para tal propósito son escasos, a la vez que los vínculos sociales están muy autocontenidos y demasiado aislados para poder generar resultados importantes. Un estudio reciente acerca de los lazos comunitarios entre la población negra de West Baltimore muestra esto claramente:

Una forma para entender la situación del ghetto urbano es observar que los niños que viven en él a menudo no tienen vínculos importantes más allá de su

¹⁹ Las obras de Whyte, Liebow y Suttles son ejemplos de esta literatura temprana. Véase William Foote Whyte, *Street Corner Society*, Chicago, University of Chicago Press, 1943; Eliot Liebow, *Tally's Corner. A Study of a Negro Streetcorner*, Boston, Little and Brown, 1967; Gerald D. Suttles, *The Social Order of the Slum*, Chicago, University of Chicago Press, 1968. Sin embargo, el retrato de las zonas urbanas pobres como lugares donde las patologías culturales provocan que la miseria se agudice continúa hasta nuestros días e incluso ha ganado primacía en años recientes.

²⁰ Edwina Uehara, “Dual Exchange Theory, Social Networks, and Informal Social Support”, *American Journal of Sociology*, núm. 96, pp. 521-557; Kathryn Edin y Laura Lien, “Work, Welfare, and Single Mothers’ Economic Survival Strategies”, *American Sociological Review*, núm. 62, abril, pp. 253-266.

familia inmediata [...] el capital social que generan sus familias sólo puede trocarse por los recursos que existen en sus alrededores físicos. Dado que esos recursos suelen ser de poca calidad, las ventajas derivadas del capital social son escasas [...] ²¹

El hallazgo resaltante de esta literatura empírica es que los pobres no son diferentes de los demás, sólo les faltan los recursos y la información necesarios para salir de esa situación autorrecurrente. En última instancia, es la pobreza la que provoca la patología social, no lo contrario. Desde afuera, los observadores del gobierno, la prensa elitista y la academia han atribuido con insistencia a los pobres —actualmente llamados la “subclase”— ciertos rasgos que los diferencian del resto de la sociedad y que provocan, a su vez, su desventaja permanente. Los sociólogos han sido algunos de los críticos más constantes de tales argumentos.

Mito 3: La inmigración puede frenarse con medidas legales

Una declaración frecuente de los editoriales periodísticos y de quienes llevan a cabo la política es que los “Estados Unidos han perdido el control de sus fronteras”.²² Para detener el flujo migratorio los detractores han atizado el sentimiento público a fin de que presione al gobierno para que promulgue leyes que restrinjan la inmigración. El argumento es simple hasta la obviedad: emite leyes que prohíban que el flujo continúe y la realidad se ajustará a ello. Pero los sociólogos que estudian la migración no lo han apoyado mucho, pues están conscientes de las consecuencias inesperadas que puede producir tratar de detener el movimiento por medio de recursos legales.

Esta controversia ha tenido altas y bajas. El clamor público para que se contuviera la inmigración, a mediados de los años ochenta, dio lugar a que el Congreso aprobara la Ley para la Reforma y el Control de la Inmigración (IRCA, por su nombre en inglés) de 1986, con la cual se pretendía detener la migración ilegal ofreciendo la amnistía a los inmigrantes indocumentados que ya estuvieran en el país, y castigando a los empleadores estadounidenses que contrataran nuevos inmigrantes. Los promotores de esa medida estaban muy entusiastas, afirmaban que “sacaría de su guarida” a la población ilegal y ter-

²¹ Patricia Fernández-Kelly, “Down the Rabbit Hole: Childhood Knowledge and the Subversion of Community”, Working Paper, Institute for Policy Studies, Johns Hopkins University, 1995, pp. 217 y 218.

²² Peter Brimelow, *Alien Nation, Common Sense about America's Immigration Disaster*, Nueva York, Random House, 1995, pp. 4 y 5.

minaría con la impunidad con la que los agricultores y otros empleadores habían utilizado mano de obra ilegal y barata. Como me comentó un prominente miembro del Congreso: “Los empleadores estadounidenses son ciudadanos afectos a obedecer la ley; una vez que se cierren los huecos, la obedecerán.”²³

Pero los investigadores que estudiaban la migración pensaban de otra manera. Advirtieron la solidez de las redes sociales que había entre los futuros emigrantes de México y otros países expulsores, y sus familiares y posibles empleadores en Estados Unidos, así como lo importante que era para muchas empresas estadounidenses contar con un suministro continuo de mano de obra motivada y barata.²⁴ La migración hacia los Estados Unidos se ha mantenido en mucho mayor medida por las demandas y la voluntad política de sus posibles empleadores, que por las metas de los propios emigrantes. Esta correlación de fuerzas, que perdura hasta nuestros días, da lugar a una correspondencia tan fuerte entre las necesidades de mano de obra de los empleadores y los objetivos de los inmigrantes, que resiste a todo intento por romperla con un “fiat” legislativo. La agitada historia de la IRCA confirmó estas advertencias.

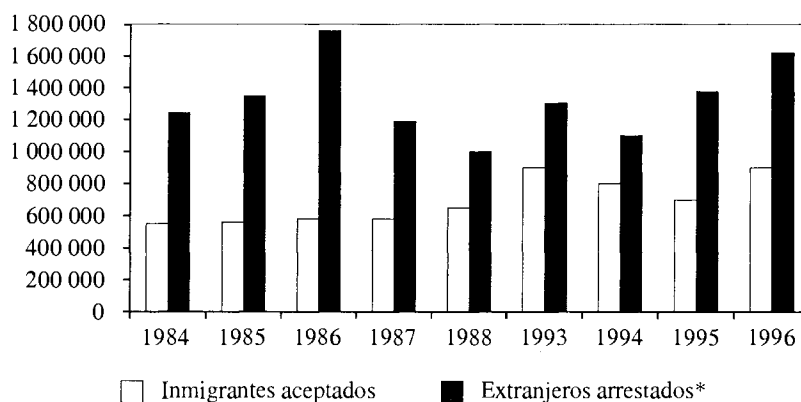
En primer lugar, los ilegales a los que se otorgó la amnistía no tardaron en utilizar su nueva condición para fortalecer las redes con sus familiares y camaradas de su país de origen y traerlos junto a ellos lo antes posible. En segundo lugar, contra la predicción de mi amigo del Congreso, los empleadores cumplieron con el texto, pero no con el espíritu de la Ley. Si bien, como ésta lo exigía, llenaron debidamente las formas en las que certificaban que sus candidatos a empleados habían mostrado documentos que avalaban su residencia legal, no se esforzaron mucho en verificar la autenticidad de los mismos. Como era de esperarse, al instante surgió una industria en Los Angeles y otras grandes ciudades que proveía a los trabajadores de los papeles reque-

²³ Comentario de un miembro del equipo del entonces congresista, Peter Rodino, durante una conferencia sobre “America’s Immigration Law”, en la Universidad de California-San Diego, en 1982. Las actas de la conferencia, incluidos los debates sobre las supuestas consecuencias del control de la inmigración, se publicaron el año siguiente. Este libro ofrece una rica fuente de análisis sociológicos y oficiales acerca del tema, antes de que se promulgara la ley. Véase Wayne A. Cornelius y Ricardo A. Montoya, *America’s New Immigration Law: Origin, Rationale, and Potential Consequences*, La Jolla, Calif., Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, 1983.

²⁴ Robert L. Bach, “Mexican Immigration and the American State”, *International Migration Review*, núm. 12, 1978, pp. 536-558; Wayne A. Cornelius, “The Structural Embeddedness of Demand for Mexican Immigrant Labor: New Evidence from California”, en M. Suárez-Orozco (comp.), *Crossings, Mexican Immigration in Interdisciplinary Perspectives*, Cambridge, Center for Latin American Studies, 1998; Douglas S. Massey, “March of Folly: U.S. Immigration Policy after NAFTA”, *The American Prospect*, núm. 37, marzo-abril, pp. 22-33.

Gráfica 1

Inmigrantes admitidos con residencia permanente
y extranjeros arrestados, 1984-1996



* Las cifras se refieren a arrestos, no a personas. Las personas pueden ser arrestadas más de una vez.

Fuente: Department of Justice, *1996 Statistical Yearbook of the Immigration and Naturalization Service*, cuadros 1 y 58, Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 1997.

ridos. A menudo los empleadores decían a los inmigrantes que fueran a conseguir los documentos y que volvieran al día siguiente.²⁵ Cuando las redadas del Servicio de Inmigración se hicieron demasiado frecuentes, los empleadores recurrieron a subcontratar a trabajadores a destajo y a enganchadores informales, con lo que la mano de obra ilegal se volvió aún más clandestina.²⁶

Así, debido a las estrategias de adaptación de los trabajadores extranjeros y sus empleadores, la ley diseñada para controlar y reducir la inmigración acabó *aumentándola* considerablemente en el decenio siguiente. Para ilustrar esto la gráfica 1 presenta cronológicamente las admisiones legales y los arrestos de extranjeros ilegales, tras la aprobación de la IRCA en el año 1986. Aunque las cifras de aprehensiones no igualan al número de entradas ilegales, sí muestran con precisión las altas y bajas del movimiento a lo largo

²⁵ Robert L. Bach y Howard Brill, *Impact of IRCA on the U.S. Labor Market and Economy*, Report to the U.S. Department of Labor, Institute for Research on International Labor, Binghamton, State University of New York, 1991.

²⁶ Wayne A. Cornelius, "Controlling Illegal Immigration: Lessons from Japan and Spain", Working Paper, University of California, San Diego, Center for U.S.-Mexico Studies, 1992.

del tiempo. Tras el fracaso evidente de su proyecto, los voceros del control de la inmigración previos a 1986 desaparecieron del escenario, pero sólo para ser remplazados por nuevos militantes que se negaban a aprender de la experiencia pasada. Para ellos la proposición “cambia la ley y la realidad se ajustará a ella” siguió siendo incuestionable. Pero los sociólogos también continúan mostrándose escépticos al destacar los efectos inesperados y a menudo perversos de estos intentos legislativos de controlar la inmigración. Sus análisis de la reforma de 1996 a las leyes de inmigración estadounidenses recuerdan a aquellos expresados diez años antes:

Las Reformas a la Inmigración y la Asistencia Social de 1996 provocarán consecuencias imprevistas y quizá indeseables. Dichas leyes son un reflejo del fracaso del Congreso para prever la forma en que los individuos y las instituciones pueden reaccionar frente a nuevas políticas [...] las reformas de 1996, en lugar de preservar la inmigración legal y desalentar la ilegal, muy posiblemente *reducirán* la primera y *aumentarán* los incentivos para la segunda.²⁷

Cuestionando las apariencias: tipos y efectos

Esta vocación antagonista de la disciplina, que se inicia con los clásicos y continúa hasta nuestros días, ha sido la principal fuente de los hallazgos sociológicos y del entusiasmo intelectual. La lógica lineal acumulativa rara vez produce sorpresas. La relación positiva entre educación e ingresos puede ser demostrada y teorizada, pero resulta evidente tanto para los científicos sociales como para el público lego. En el mejor de los casos, un enfoque lineal codifica y define expectativas sensibles; en el peor, bordea en el truismo. Si se menciona, por ejemplo, que aquellas ciudades en las que las autoridades y los ciudadanos están imbuidos de “espíritu cívico” son mejor gobernadas y tienen mayor auge económico que las que están infestadas de actitudes utilitarias y abusivas, la idea será aceptada sin asombro. En efecto, lo opuesto sería sorprendente.

El artículo de Robert Merton, “The Unanticipated Consequences of Purposive Social Action”²⁸ es tan actual hoy como cuando se publicó por primera vez, hace más de sesenta años. En este artículo el autor resumió la tradición del escepticismo sociológico desde los clásicos hasta ese momen-

²⁷ Thomas J. Espenshade, Jessica L. Baraka y Gregory A. Hüber, “Implications of the 1996 Welfare and Immigration Reform Act for u.s. Immigration”, *Population and Development Review*, núm. 23, diciembre, p. 770, cursivas mías.

²⁸ Robert Merton, “The Unanticipated Consequences of Purposive Social Action”, *American Sociological Review*, núm. 1, pp. 894-904.

to, así como también cuestionó las ambiciones de construcción de sistemas de la sociología de la época, que se basaban en el supuesto de la acción deliberada. Con ello dicho trabajo dio origen a varios conceptos sociológicos modernos, los cuales enfatizan la naturaleza paradójica de la vida social. El propio Merton contribuyó en esta literatura, al introducir los conceptos de “profecía autorizada”, “funciones y disfunciones latentes” y “descubrimientos casuales (*serendipity*)”.²⁹ La argumentación de este texto se basa en lo anterior y amplía la contribución original con base en otras alternativas comunes a la estructura de medios y fines deliberados. Los objetivos de una actividad pueden no ser los que de hecho se enuncian e incluso es posible que los participantes no los comprendan del todo; los objetivos pueden no alcanzarse mediante los medios previstos, sino por una concatenación fortuita de los acontecimientos.

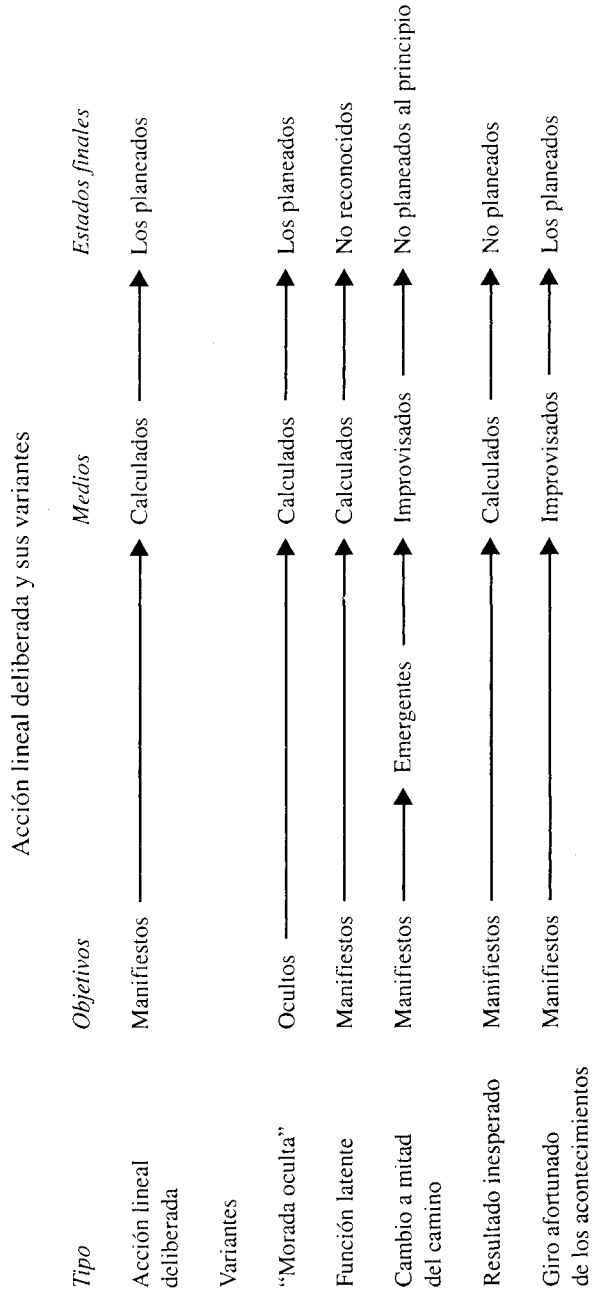
Lo importante es ser sistemáticos. Si se menciona que un proceso lineal es aquel que se representa con una línea recta que va del objetivo expresado por los actores —individual o colectivo— al estado final alcanzado, pueden identificarse cinco condiciones que hacen dudar acerca de la implantación rutinaria de tal relación lineal:

- El objetivo expresado no es lo que parece; es decir, no es el que realmente busca el actor o quienes detentan la autoridad entre la colectividad.
- El objetivo expresado es el que buscan los actores, pero sus acciones tienen otras consecuencias importantes, de las que no son conscientes.
- El objetivo es lo que parece, pero la intervención de fuerzas externas lo transforma a la mitad del camino en otro cualitativamente distinto.
- El objetivo es lo que parece, pero la intervención de fuerzas externas produce consecuencias inesperadas y, en ocasiones, distintas a las esperadas.
- El objetivo es lo que parece, pero su logro depende de acontecimientos fortuitos, extraños a los medios previstos.

En resumen, estas alternativas representan estados finales que difieren de los conjeturados por la lógica deliberada, en la siguiente forma: 1) el objetivo real no es el aparente; 2) el objetivo real no es el que los actores finalmente alcanzan; 3) el objetivo real nace de la propia situación; 4) el objetivo original es real, pero el estado final es contrario a su intención; 5) el objetivo original es real, pero se consigue por medio de la combinación inesperada de acontecimientos. La figura 1 resume mis argumentos y los ejemplos que siguen.

²⁹ Robert Merton. *Social Theory and Social Structure*, *op. cit.*; “Unanticipated Consequences and Kindred Sociological Ideas: A Personal Gloss”, en C. Mongardini y S. Tabboni (comps.), *Robert K. Merton and Contemporary Sociology*, New Brunswick, N.J., Transaction Publishers, [1989] 1998.

Figura 1



Los análisis marxistas y neomarxistas de la estructura social se especializaron en mostrar los verdaderos fines del capitalismo, que se ocultaban tras la fachada política y la superestructura cultural. Ésta es la “morada oculta” que Marx describe con detalle y que Edwards demostró un siglo más tarde en su análisis de la segmentación del mercado laboral.³⁰ Actualmente, los trabajos de los sociólogos neomarxistas y críticos, desde C. Wright Mills hasta Piven y Cloward,³¹ son citados como representantes de esta tradición que descubre la estructura de poder escondida tras las instituciones aparentemente representativas de la democracia formal.

Los análisis recientes de las superestructuras culturales del capitalismo avanzado se encuentran entre el primero y el segundo tipos, es decir, entre describirlos como una herramienta deliberada para legitimar la estructura de clases existente o como poseedores de un origen autónomo, pero que sirven involuntariamente a ese resultado. Es así que Harvey en ocasiones describe las formas culturales posmodernas como la creación deliberada del capitalismo avanzado, en su más reciente encarnación —la de la “especialización flexible”—, pero en otros momentos los presenta como un brote autónomo que, sin embargo, funciona de manera idéntica a como siempre lo han hecho las superestructuras, es decir, mistificando y disimulando las realidades económicas subyacentes.³² De igual forma, el estudio de Bourdieu acerca del “refinamiento” cultural y el consumo del gran arte analiza lo que hay detrás del gozo aparente que producen tales actividades para revelar su importancia como indicadores de estatus y divisores simbólicos entre las masas subordinadas y las élites.³³

Los fines que no se reconocen, pero que son, no obstante reales tienen su representación clásica en Durkheim y sus seguidores. Así, los rituales

³⁰ Richard Edwards, *Contested Terrain: The Transformation of the Workplace in the Twentieth Century*, Nueva York, Basic Books, 1973. La cita original se encuentra en el primer volumen de *El capital*: “Por eso, nos ausentamos por un momento de esta ruidosa esfera, en la que todo ocurre en la superficie y a la vista de todos para trasladarnos, siguiendo los pasos del poseedor de dinero y el poseedor de fuerza de trabajo hasta la morada oculta de la producción, en cuya entrada reza un letrero: ‘Prohibida la entrada excepto por negocios’”. (Karl Marx, *El capital*, Nueva York, International Publishers, 1967, p. 176). En castellano, Karl Marx, *El capital*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966, p. 128.

³¹ C. Wright Mills, *The Power Elite*, Nueva York, Oxford University Press, 1956; Frances Fox Piven y Richard A. Cloward, *Regulating the Poor: The Functions of Public Welfare*, Nueva York, Vintage Books, 1993.

³² David Harvey, *The Condition of Postmodernity*, Cambridge, Mass., Basil Blackwell, 1989.

³³ Pierre Bourdieu, *Distinction: A Social Critique of the Judgment of Taste*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1984.

religiosos realizados para agradar a los dioses tienen la consecuencia real, aunque no reconocida, de fortalecer la solidaridad colectiva. El matrimonio y las familias extendidas, aunque organizadas en torno a objetivos manifiestos, en realidad tienen la función de proteger a los individuos de las consecuencias destructivas de la anomia.³⁴ Toda una escuela de antropología operó a partir de estas premisas teóricas e intentó develar las funciones no reconocidas de las prácticas culturales primitivas.³⁵

Asimismo, el estudio de las formas institucionales modernas se basa en buscar los resultados reales de un sistema, que se disimulan tras los objetivos manifiestos y deseados. Ejemplo de ello es el trabajo de John Meyer y sus colaboradores, el cual sugiere que las estructuras institucionales modernas, como los institutos y programas de investigación de educación superior que se trasladan a países del Tercer Mundo, tienen el objetivo manifiesto de fomentar el desarrollo científico, así como ser símbolo de la modernidad del país y, por ende, de su integración al mundo desarrollado.³⁶ Un caso más cercano: la existencia de instituciones gubernamentales en los Estados Unidos tales como la Patrulla Fronteriza y el zar antidrogas obedece a la misma lógica. Aunque año tras año fracasan en su meta de detener los flujos de inmigración ilegal y del narcotráfico, se les mantiene en su lugar, debido en parte a que representan símbolos de la determinación nacional de defender ciertos valores.³⁷ Quizá ajenos a lo que realmente están haciendo, los funcionarios de estas agencias encaminan sus esfuerzos a las finalidades manifiestas de su cargo, aunque son los objetivos latentes los que en verdad los mantienen en su puesto.

La tercera variante de la acción lineal deliberada que muestra la figura 1 no se relaciona tanto con la existencia de fines disimulados o latentes, ocultos tras los manifiestos, sino con el cambio real de los objetivos en el curso de una actividad determinada. La famosa tesis de Weber acerca de la función

³⁴ Emile Durkheim, *Suicide. A Study in Sociology*, Nueva York, Norton, 1965, pp. 171-202; Randall Collins, *Four Sociological Traditions*, Nueva York, Oxford University Press, 1994, pp. 190 y 191.

³⁵ Marcel Mauss, *The Gift: Forms and Functions of Exchange in Archaic Societies*, Nueva York, Norton, 1967; Claude Lévi-Strauss, *The Elementary Structures of Kinship*, Boston, Beacon Press, 1969.

³⁶ John Meyer, Francisco O. Ramírez y Yasemin Soysal, "World Expansion of Mass Education, 1879-1980", *Sociology of Education*, núm. 65, pp. 128-149; John Meyer, John Boli, George M. Thomas y Francisco O. Ramírez, "World Society and the Nation State", *American Journal of Sociology*, núm. 103, julio, pp. 144-181.

³⁷ Massey, *op. cit.*; Rainer Dombois, "Dilemas organizacionales de las economías ilegales", *Análisis Político*, núm. 33, enero-abril, pp. 14-30; Juan Tokatlian, *Drogas, dilemas y dogmas*, Bogotá, Editorial Tercer Mundo, 1995.

del puritanismo en el comportamiento económico deriva su importancia precisamente de este tipo de argumentos, es decir, de cómo las “preferencias” no son en absoluto estables, sino que cambian por la presión de los acontecimientos. En el texto de Weber, ciertas acciones que en un principio tenían la intención de conseguir la salvación eterna de pronto fueron reorientadas, por el influjo de fuerzas externas hacia la consecución del éxito económico y la acumulación permanente de riquezas. Este análisis de “cambio a la mitad del camino” —del puritano ascético al empresario capitalista racional— sigue siendo uno de los argumentos de mayor contenido intelectual que haya legado el periodo clásico de la sociología.

Pero no es el único. La “Ley de Hierro” de Roberto Michels se basa en cierta lógica similar.³⁸ En este caso, es la lógica lo que conduce a que grupos idealistas de reformistas y revolucionarios vayan modificando sus objetivos con el paso del tiempo: de la búsqueda resuelta de fines altruistas a la defensa egoísta de los privilegios ganados durante las pasadas luchas. Si en opinión de Pareto la historia no es sino un cementerio de oligarquías,³⁹ para Michels es el escenario de la constante degradación de las metas, llevadas a burdas ambiciones materiales.

En la sociología contemporánea el cambio a mitad del desarrollo es algo frecuente tanto en la sociología política como en la económica. En el ámbito político, el enfrentamiento de fuerzas externas produce cambios en la legislación que no sólo moderan sus objetivos iniciales, sino que alteran su contenido. Así, Pedriana y Stryker muestran cómo el Título vn de la Ley de Derechos Civiles del año 1964 en los Estados Unidos, que tenía el propósito de garantizar la igualdad de oportunidades de empleo, con base exclusivamente en los méritos personales, evolucionó hacia la “acción afirmativa” (*affirmative action*), política cuyo objetivo es incrementar las oportunidades de empleo para las minorías discriminadas.⁴⁰ En la sociología económica, el concepto de enraizamiento (*embeddedness*) que introdujo Karl Polanyi y que después desarrolló Mark Granovetter,⁴¹ se basa en los diversos casos de cambio en

³⁸ Roberto Michels, *Political Parties. A Sociological Study of the Oligarchical Tendencies in Modern Democracy*, Nueva York, Free Press, 1968.

³⁹ Vilfredo Pareto, *Compendium of General Sociology*, caps. 9 y 10, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1980.

⁴⁰ Nicholas Pedriana y Robin Stryker, “Political Culture Wars 1960s Style: Equal Opportunity Employment, Affirmative Action, and the Philadelphia Plan”, *American Journal of Sociology*, núm. 103, noviembre, pp. 633-691.

⁴¹ Granovetter, *op. cit.*; del mismo autor, “The Sociological and Economic Approaches to Labor Market Analysis: A Social Structural View”, en M. Granovetter y R. Swedberg (comps.), *The Sociology of Economic Life*, Boulder, Col., Westview Press, 1992, pp. 233-263.

los objetivos de los actores del mercado. Así, el desarrollo de la “cultura mercantil”, la fuerza de las obligaciones recíprocas y la creación de diversas redes sociales no sólo ponen límites a la ambición de lucro de los actores económicos, sino que también pueden reorientar su acción.⁴²

La siguiente variante de la acción lineal deliberada es la más importante. Se refiere a los estados finales que son cualitativamente distintos, si no opuestos, a los que se buscaban en un principio. Los conceptos de “dependencia acumulativa” (*path dependence*), en economía, y de “consecuencias acumulativas”, en sociología, encuentran en esta cuarta familia de acontecimientos su opuesto.⁴³ En lugar de que el pasado conduzca con pasos graduales y predecibles hacia el presente, los acontecimientos dan giros insospechados que en ocasiones niegan las metas iniciales. Entre los clásicos, sin duda fue Simmel quien reveló mayor intuición para percibir estos resultados. Así, en un trabajo clásico mostró cómo los rasgos mismos de distanciamiento y disociación de los acontecimientos rutinarios hacen que el “extranjero” se vuelva confidente, árbitro y figura central de una comunidad, pese a que inicialmente carecía de posición social alguna.⁴⁴

Según Simmel los números y el espacio hacen estragos en la acción deliberada y conducen a formas inesperadas de sociabilidad. Así, la pacífica asamblea se convierte en una turba violenta bajo el influjo de los números y el contagio, de la misma forma como el éxito de una secta religiosa al reclutar nuevos miembros lleva necesariamente a que su radicalismo original se diluya, como resultado de la dispersión y de la creciente heterogeneidad de sus miembros.⁴⁵ Para Simmel el conflicto social no es el desastre incontrolado que parece, ya que puede generar consecuencias positivas. Este argumen-

⁴² Morrill describe la cultura en la oficina de una corporación multinacional en Nueva York, en la que los ejecutivos estaban tan obsesionados con cuestiones de “honor” que dedicaban más tiempo a defender su estatus personal y reputación que a incrementar las ganancias de la empresa (véase Morrill, *op. cit.*). Incluso entre los agentes de bolsa de Wall Street, que se supone son las personas más individualistas y utilitarias del capitalismo estadounidense, Abolafia halló evidencias de enraizamiento social, el cual guiaba y reorientaba su comportamiento (véase Mitchell Abolafia, *Making Markets: Opportunities and Restraint on Wall Street*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1996).

⁴³ Howard S. Becker, *Outsiders. Studies in the Sociology of Deviance*, Nueva York, Free Press, 1963; Alejandro Portes, “Economic Sociology and the Sociology of Immigration: A Conceptual Overview”, en Alejandro Portes (comp.), *The Economic Sociology of Immigration. Essays on Networks, Ethnicity, and Entrepreneurship*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1995.

⁴⁴ Georg Simmel. “The Stranger”, en K.H. Wolf (comp. y trad.), *The Sociology of Georg Simmel*, Nueva York, Free Press, 1964.

⁴⁵ Nicholas J. Spykman, *The Social Theory of Georg Simmel*, Nueva York, Atherton Press, 1965.

to, que Lewis Coser codificó y desarrolló décadas más tarde,⁴⁶ anticipó muchos tratados de sociología política acerca del potencial de la guerra para construir naciones y la legitimidad que consiguen las élites gobernantes de las confrontaciones con rivales externos.

Esta cuarta variante se aproxima al tratamiento original que hace Merton de los efectos no intencionales.⁴⁷ En su artículo, el autor destaca el papel que desempeña lo paradójico en la vida social, perspectiva que alcanzó su punto culminante en sus análisis posteriores de las profecías autorrealizadas y de la discrepancia entre los fines culturales y las posibilidades estructurales de alcanzarlos.⁴⁸ La influencia del concepto ha persistido en la sociología moderna, incluso entre quienes sostienen un paradigma racional. Así, Coleman advierte que cuando varios actores persiguen sus objetivos sin una restricción institucional preestablecida, sus acciones a menudo producen consecuencias que son exactamente las opuestas a las que buscaban. Pone como ejemplo de estos procesos las “estampidas” y “pánicos” del mercado.⁴⁹

En la sociología económica el estudio de las actividades económicas clandestinas ha ofrecido un terreno fértil para el análisis dialéctico de los resultados inesperados de la reglamentación. Resulta que a menudo las actividades informales son el resultado directo de los intentos por controlar la economía, pues las restricciones legales implican oportunidades *ipso facto* para su lucrativa violación.⁵⁰ De esta manera, los intentos del gobierno por fijar la tasa de cambio dan origen al mercado negro de divisas; los altos impuestos aduanales estimulan el contrabando, y las acciones para reglamentar con rigor el mercado laboral dan como resultado múltiples formas de evadirlas mediante la subcontratación informal.⁵¹

⁴⁶ Lewis A. Coser, *The Functions of Social Conflict*, Nueva York, Free Press, 1956.

⁴⁷ Robert K. Merton, “Social Structure and Anomie”, *American Sociological Review*, núm. 3, pp. 672-682.

⁴⁸ En su análisis clásico acerca de la estructura social y la anomia. Véase *ibid.*, y *Social Theory and Social Structure*, *op. cit.*

⁴⁹ James S. Coleman, “A Rational Choice Perspective on Economic Sociology”, en N.J. Smelser y R. Swedberg, *Handbook of Economic Sociology*, Nueva York, Princeton University Press/Russell Sage Foundation, 1994, pp. 166-180.

⁵⁰ Larissa Lomnitz, “Informal Exchange Networks in Formal Systems: A Theoretical Model”, *American Anthropologist*, núm. 90, pp. 42-55; Alejandro Portes, “The Informal Economy and its Paradoxes”, en Smelser y Swedberg, *op. cit.*

⁵¹ Saskia Sassen, “New York City’s Informal Economy”, en A. Portes, M. Castells y L.A. Benton (comps.), *The Informal Economy: Studies in Advanced and Less Developed Countries*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1989; Beverly Lozano, *The Invisible Work Force: Transforming American Business with Outside and Home-Based Workers*, Nueva York, Free Press, 1989.

El ejemplo más reciente es el análisis de Castells acerca de la Unión Soviética, que al querer igualar su poderío militar con el de Estados Unidos terminó siendo dependiente de la capacidad tecnológica de su rival.⁵² Al ver que la innovación en la industria electrónica aumentaba, los planificadores militares soviéticos temían cada vez más que su aparato científico careciera de un elemento crucial y con ello el país se quedara irremediabilmente rezagado en la carrera armamentista. Por tanto, optaron por la solución más sencilla, esto quiere decir, copiar la tecnología de cómputo más avanzada de Occidente, misma que los agentes de la KGB obtendrían o se robarían. En esta forma el gobierno soviético consiguió desangrar la capacidad tecnológica autónoma de su propio país. Castells expresa sus razonamientos de la siguiente manera:

[...] tengamos las mismas máquinas que “ellos”, aunque debamos invertir un poco más de tiempo en reproducir sus computadoras. Después de todo, unos cuantos años de diferencia tecnológica en circuitos electrónicos no será muy importante para activar la destrucción mutua (Armageddon). Así, los intereses militares superiores del Estado soviético le llevaron a la paradoja de hacer que la Unión Soviética se convirtiera en cliente de Estados Unidos en [este] crucial campo.⁵³

Este ejemplo sirve para presentar la variante final en la figura 2. Para otras ilustraciones se cita a Tilly, quien desarrolló el concepto,⁵⁴ así como un incidente más en las confrontaciones militares de los Estados Unidos. Tilly refiere cómo, al final de su largo reinado, Luis XIV reflexionaba acerca del éxito que había logrado al llevar la paz y el orden interno en Francia. Con la sabiduría de la visión retrospectiva, el rey presentaba dicho éxito como el resultado de un plan premeditado y bien pensado. Sin embargo, un análisis más detallado revela que no hubo nada de eso, sino que más bien el rey y su ministro Colbert actuaron con “improvisaciones resueltas, pero a menudo desesperadas, ante las reacciones inesperadas —ante el pueblo como de la élite— a las iniciativas reales”.⁵⁵ Al igual que en la actualidad, la historia se reconstruye como un relato nítido de medios y fines, cuando en realidad el camino para llegar a la meta estuvo salpicado de decisiones tomadas al vuelo, improvisaciones súbitas y muchas otras desviaciones de la ruta prevista.

⁵² Manuel Castells, *End of Millenium*, Maiden, Mass., Blackwell Publishers, 1998.

⁵³ *Ibid.*, p. 31.

⁵⁴ Parafraseando la “mano invisible” de Adam Smith, Tilly habla del “codo invisible” para referirse al carácter improvisado e impredecible de las conductas que logran al fin alcanzar la meta prevista. Véase Charles Tilly, “Invisible Elbow”, *Sociological Forum*, núm. 11, pp. 589-601. Agradezco a Viviana Zeilzer que me haya mostrado el ensayo de Tilly.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 590.

Lo mismo sucedió al coronel Doolittle y sus aviadores cuando el portaaviones *Hornet* se aproximaba a la bahía de Tokio en 1942. Luego de Pearl Harbor, los Estados Unidos necesitaban con urgencia algo que les levantara la moral y eso era lo que Doolittle y sus hombres se proponían con el bombardeo de la capital japonesa. Se había programado que el ataque tendría lugar durante la noche y se planeó meticulosamente. Por desgracia, muchos kilómetros antes del momento de arranque planeado, el *Hornet* fue visto por unos barcos pesqueros japoneses, lo que arruinó el elemento clave de la sorpresa. Entonces Doolittle decidió atacar de inmediato para evitar que los japoneses reforzaran sus defensas. La incursión tuvo lugar a plena luz del día y se inició a una gran distancia de su blanco. Contra lo que podía haberse esperado, el ataque tuvo éxito porque los pesqueros nunca alertaron a las fuerzas aéreas japonesas y porque, por una coincidencia extraordinaria, ese día se había dispuesto que se realizarían ejercicios de defensa civil en Japón, contra la amenaza que representaban precisamente los planes de Doolittle.⁵⁶ La escuadrilla de bombarderos alcanzó su blanco sin ser detectada debido, en parte, a que se pensó que aquellos aviones formaban parte de una maniobra simulada.

El análisis de las consecuencias latentes, los cambios a mitad de camino, los efectos inesperados y los medios imprevistos son parte de una tradición disciplinaria única entre las ciencias sociales. Representa una de las contribuciones singulares de la sociología y algo que debemos tener presente cuando adoptamos el papel de ingenieros sociales. Para ilustrar el tema citaré la obra de uno de mis predecesores más distinguidos.

La reconstrucción racional de la sociedad

En el año 1992 James Coleman pronunció uno de los discursos presidenciales más memorables que se hayan presentado ante la American Sociological Association. Algunos recordarán el relato con el que inició su ponencia, en el que comparaba su canoa, que navegaba plácidamente por los ríos Wisconsin y Mississippi a cinco kilómetros por hora, con los remolcadores que avanzaban con rapidez y estruendo por el río, y los trenes que en tierra viajaban veinte veces más rápido que su pequeña nave. El relato tenía la finalidad de ilustrar la acelerada evolución que, habiendo partido de las organizaciones sociales basadas en la familia y las relaciones entre personas reales, ha llevado a las organizaciones deliberadamente creadas, que se sustentan en rela-

⁵⁶ "Secrets of World War n", The History Channel, 24 de marzo de 1999.

ciones entre personas ficticias y en el rompimiento progresivo de los lazos familiares de los individuos.

En sus comentarios, Coleman evocaba una antigua tradición de pensamiento social que reseñaba el paso del feudalismo al capitalismo industrial, y de la “comunidad” a la “sociedad”.⁵⁷ Sin embargo, fue más allá de esas descripciones tempranas y destacó un punto esencial: en los primeros tiempos el control social, y por ende el orden social, dependían de la estructura de las redes comunitarias que vigilaban el comportamiento individual y garantizaban el cumplimiento de las normas. Este tipo de capital social “primordial” se erosionó con el debilitamiento de la familia y la comunidad, así como por la sustitución de la sociedad local por estructuras nacionales corporativas.⁵⁸

El resultado ha sido que el control social y la consecución de los objetivos sociales ahora dependan de la aplicación deliberada de incentivos y coerciones por parte de las grandes organizaciones, en particular del Estado. En lugar de la organización espontánea basada en la familia que antes existía, ahora hay organizaciones corporativas en las que el capital social comunitario es remplazado por un programa deliberado de incentivos para los individuos. Coleman comprendió que esta tendencia era imparable y propuso que la tarea de la sociología dejara de ser la exégesis de los clásicos y el análisis de acontecimientos históricos para convertirse en la construcción de organizaciones sociales basadas en esquemas racionales.

Como ejemplo, hizo énfasis en que el apoyo familiar a los niños ha disminuido, pues los recursos materiales se han desviado cada vez más de los padres a los hijos, lo que hace que a los primeros les resulte incosteable prestar mayor atención a sus niños. Por tanto, el Estado debería crear un programa de incentivos para padres y tutores, que fueran proporcionales a la dificultad particular que implicara la crianza de cada niño y al “valor agregado” que la sociedad deriva de que éste sea criado adecuadamente.⁵⁹ Como sociólogo experimentado, Coleman advirtió que en las grandes organizaciones siguen desarrollándose relaciones sociales, expectativas culturales y estructuras normativas informales, y que estas fuerzas contribuyen al logro de los objetivos colectivos o a imposibilitarlos. Por ello quiso relacionar la pre-

⁵⁷ Ferdinand Toennies, *Community and Society*, Nueva York, Harper and Row, 1963; Shmuel N. Eisenstadt, “Social Change, Differentiation, and Evolution”, *American Sociological Review*, núm. 29, pp. 375-386.

⁵⁸ James S. Coleman, “The Rational Reconstruction of Society”, *American Sociological Review*, núm. 58, pp. 1-15.

⁵⁹ *Ibid.*, pp. 13 y 14; del mismo autor, “The Design of Organizations and the Right to Act”, *Sociological Forum*, núm. 8, pp. 527-546.

misa del interés racional individual y el conocimiento sociológico de las redes sociales, con la solución de problemas por medio de organizaciones deliberadamente creadas:

¿Qué significa esta transformación para la sociología y para los sociólogos? Implica un futuro en el diseño de organizaciones, instituciones y ambientes sociales, diseños cuyo propósito es optimizar los resultados socialmente necesarios [...] Esto implica, por supuesto, teoría social, pero una teoría social encaminada a esta labor y no a hacer la crónica y a comentar sobre los cambios ocurridos en el pasado.⁶⁰

Estos argumentos fueron calificados de conservadores, pues las organizaciones deliberadamente creadas coinciden con los intereses de los actores poderosos, o se les ve como la antesala de un mundo orweliano, gobernado por el Hermano Mayor. Esas críticas son injustas: tanto el llamado urgente de Coleman para que la disciplina se comprometa más en la solución de los problemas sociales, como su visión de que la teoría sociológica debe ponerse al servicio de este fin son cruciales y queda a nuestra cuenta y riesgo ignorarlos.

El problema es diferente respecto al diseño premeditado de las organizaciones, que se enfrenta inevitablemente con las paradojas de la vida social. La tarea de la ingeniería social se basa en la lógica lineal deliberada en la que los objetivos son manifiestos y lo importante es encontrar los medios para alcanzarlos. Estos medios consisten en manipular los incentivos lo que da como resultado que los actores sociales elijan el comportamiento x en lugar del y . Incluso los análisis más elaborados que toman en cuenta el surgimiento espontáneo de normas suponen que este proceso también puede ser manipulado en dirección al objetivo deseado. Esto quizá sea cierto en algunos casos, pero no en muchos otros. Algunos factores que pueden obstaculizar las organizaciones deliberadamente diseñadas son:

- los objetivos de algunos de los promotores de la organización están ocultos y difieren de su intención declarada;
- existen factores de carácter habitual y emocional que alteran el significado de incentivos para los participantes y sus cálculos de costo-beneficio;
- al darse cuenta de que son manipulados por una autoridad superior, los actores reaccionan inventando formas para eludir las consecuencias planeadas de su comportamiento;
- ciertos factores externos, relacionados con la historia y situación de los actores, dan lugar a variedad de respuestas al mismo conjunto de incentivos;

⁶⁰ Coleman, "The Rational Reconstruction of Society", *op. cit.*, p. 14.

- la solución dada a ciertos problemas motivacionales en una clase de actores suscita protestas y descontento entre otros.

Las organizaciones deliberadamente construidas de las desaparecidas economías centrales de Europa del Este son el ejemplo de algunas de estas dificultades. Tales estructuras no se construyeron en forma irracional; por el contrario, tras la efervescencia revolucionaria los planificadores quisieron incorporar programas de incentivos para las empresas, los gerentes y los trabajadores. El problema fue que dichos programas y los planes que ellos sustentaban chocaron con las realidades en ese ámbito y produjeron con el tiempo consecuencias perversas. De esta manera, Kornai advirtió cómo los objetivos de las autoridades comunistas de empleo total, alta producción material y la interdependencia supervisada entre las empresas dieron lugar a una economía de “restricciones blandas de presupuesto” en la que las empresas no podían ir a la bancarrota y se beneficiaban acumulando suministros y evitando hacer innovaciones. Con el tiempo ciertos intereses se atrincheraron en este sistema y los participantes se adaptaron a él, lo que condujo a la rigidez creciente de estas organizaciones supuestamente racionales.⁶¹

Los esquemas de los planificadores socialistas pretendían organizar los incentivos materiales para conseguir las metas estatales, pero no supieron ni pudieron manejar la acción de fuerzas inesperadas, que finalmente provocó que el experimento entero fracasara. Stark ha descrito esto con precisión:

Así como ocurre con los niños en el hogar, así también con las empresas en la economía socialista: la responsabilidad es inversamente proporcional a la dependencia. Una empresa cuyo director sigue al pie de la letra las detalladas instrucciones de sus superiores difícilmente puede ser culpado si sólo se obtiene pérdidas [...] Así, la pretensión de manejar científicamente una economía, como si fuera una fábrica, impide la administración científica de una fábrica cualquiera.⁶²

Más cerca de nosotros y pese a la mayor libertad de información propia de las sociedades democráticas, pueden encontrarse muchos ejemplos. Las iniciativas para “reconstruir” organizaciones ya existentes con el fin de aumentar su eficiencia a menudo dan por resultado consecuencias perversas.

⁶¹ Gregory Grossman, “Informal Personal Incomes and Outlays of the Soviet Urban Population”, en Portes, Castells y Benton, *op. cit.*; Castells, *op. cit.*

⁶² David Stark, “Bending the Bars of the Iron Cage: Bureaucratization and Informalization in Capitalism and Socialism”, *Sociological Forum*, núm. 4, pp. 648 y 649.

Así, la decisión del gobierno de Reagan de reducir los controles administrativos de la industria bancaria tenía como objetivo manifiesto fomentar la competencia y con ello estimular el ahorro y la inversión. Sin embargo, el resultado fue la debacle del sistema de ahorros y préstamos, que se desencadenó por la decisión de varios propietarios y gerentes de saquear sus propias organizaciones para beneficio personal.⁶³ Quienes formularon esta política no tomaron en cuenta el programa real de incentivos de los actores clave.

Se podrían dar otros ejemplos, pero todos llevarían a la misma conclusión: la pretensión de reconstruir deliberadamente una sociedad implica peligros, pues aunque los objetivos manifiestos sean verdaderos, los medios de intervención se enfrentan a menudo con fuerzas sociales complejas que arruinan la empresa o la llevan por caminos inesperados. Sin duda, pueden crearse organizaciones que sirvan al propósito y objetivos para las que fueron ideadas, aunque de las maneras más diversas. Luis XIV en efecto restableció el orden interno en Francia y Doolittle consiguió bombardear Tokio, pero ninguno de los dos logró su objetivo en el primer intento o con base en un plan racionalmente elaborado. A menudo los fines no se alcanzan gracias a la “ingeniería social”, sino a procesos complejos de prueba y error en los que se abandonan los esquemas originales y se hacen adaptaciones constantes a los contornos de la realidad. Esto es lo que con frecuencia falta para reconstruir la sociedad a partir de esquemas deliberados.

Conclusión: teoría, política y escepticismo

Una objeción razonable al argumento que se presenta en este texto es que puede llevar a la parálisis tanto en la política social como en la teoría. Dado que la dialéctica de la vida social es tan compleja y todo depende del contexto específico en el que las políticas y programas están basados, se vuelve imposible hacer predicciones acerca de la forma como se comportarán los individuos y grupos, o de los resultados finales. De esta manera, la función del sociólogo como “ingeniero social” deviene en el mucho menos deseable de escéptico profesional.

Hay algo de razón en esto, ya que el hecho de estar consciente del carácter paradójico de la estructura social implica necesariamente precaución. A fin de cuentas y pese a sus limitaciones, la función del crítico bien informado es preferible al del visionario entusiasta pero ingenuo. Sin embargo, esto no

⁶³ Kitty Calavita, R. Tillman y H.N. Pontell, “The Savings and Loan Debacle, Financial Crime and the State”, *Annual Review of Sociology*, núm. 23, pp. 19-38.

agota el tema, ya que la postura escéptica puede dar como resultado, en algunos casos, una teoría más compleja y una política más efectiva. Para ello es preciso mantener los pies en la tierra y evitar generalizaciones demasiado amplias o esquemas de aplicación universal. Gran parte de la teoría sociológica de nivel medio consiste precisamente en este tipo de análisis, en el cual se analiza cómo los procesos sociales van evolucionando de un objetivo a otro, incluidas todas las contingencias y reveses que se encuentran en el trayecto. En este análisis es posible delinear las limitaciones estructurales y otros obstáculos que afectan el logro de determinadas metas.

Se debe considerar el análisis de Peter Evans acerca del papel de los estados en el desarrollo económico nacional.⁶⁴ Su libro se inicia con la interrogación de Adam Smith en torno a los factores que propician “la riqueza de las naciones”.⁶⁵ Para responder a esta pregunta Evans nos lleva por un camino problemático, en el que las soluciones dadas a una cuestión generan problemas en la siguiente. Primero examina la solución neoclásica al desarrollo, que consiste en el potencial enriquecedor del libre comercio: “permitan que el mercado realice su magia y éste proveerá mayores bienes a todos”. Sin embargo, las naciones pobres que han seguido estas formas a menudo se han visto reducidas a desempeñar la función de productoras especializadas de bienes de bajo valor agregado. La solución lógica es, por tanto, que el Estado participe activamente en el desarrollo del país. No obstante, esta segunda solución tiene el inconveniente de que los estados débiles de las naciones pobres son fácilmente colonizados por intereses económicos poderosos, que convierten sus proyectos de desarrollo en “paraísos rentistas” para ciertos grupos empresariales, nacionales o extranjeros. En lugar de que el Estado desarrolle a la nación, acaba desarrollando las fortunas de unos cuantos individuos, con acceso a los favores oficiales por medio del soborno y la cooptación.

La solución a este problema de segundo nivel es construir una “burocracia weberiana”, apartada de la sociedad civil e inmune a los cohechos. Esta solución da lugar, a su vez, a los problemas que derivan de una burocracia incomunicada y cada vez más centrada en sí misma, que reina sobre la sociedad pero que es incapaz de guiarla eficazmente. Las burocracias estatales del extinto bloque soviético son un ejemplo parcial. La solución a ese problema de tercer nivel es diseñar un “Estado weberiano modificado” o un “Estado

⁶⁴ Peter Evans, *Embedded Autonomy: States and Industrial Transformation*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 1995.

⁶⁵ Adam Smith, *The Wealth of Nations*, Baltimore, Penguin, 1979; Michael Todaro, *Economic Development in the Third World: An Introduction to Problems and Policies in Global Perspective*, Londres, Longman, 1977.

enraizado”, en el que funcionarios competentes se dan a la tarea de nutrir y proteger a las empresas industriales y comerciales hasta que éstas son capaces de competir eficazmente en los mercados mundiales.

Se trata de preservar la función del Estado como creador de iniciativas económicas prometedoras, pero sin permitir que las empresas colonicen, a su vez, a las agencias estatales. Evans presenta el caso de Japón como ejemplo arquetípico del Estado enraizado, aunque las evidencias recientes de corrupción en altos ámbitos y la existencia de “paraísos rentistas” para banqueros japoneses bien situados han oscurecido un poco esta imagen. Pero, pese a este y a otros problemas,⁶⁶ la teoría de Evans representa uno de los análisis más completos del desarrollo nacional que existen en la disciplina. La figura 2 resume los pasos sucesivos de su argumento.

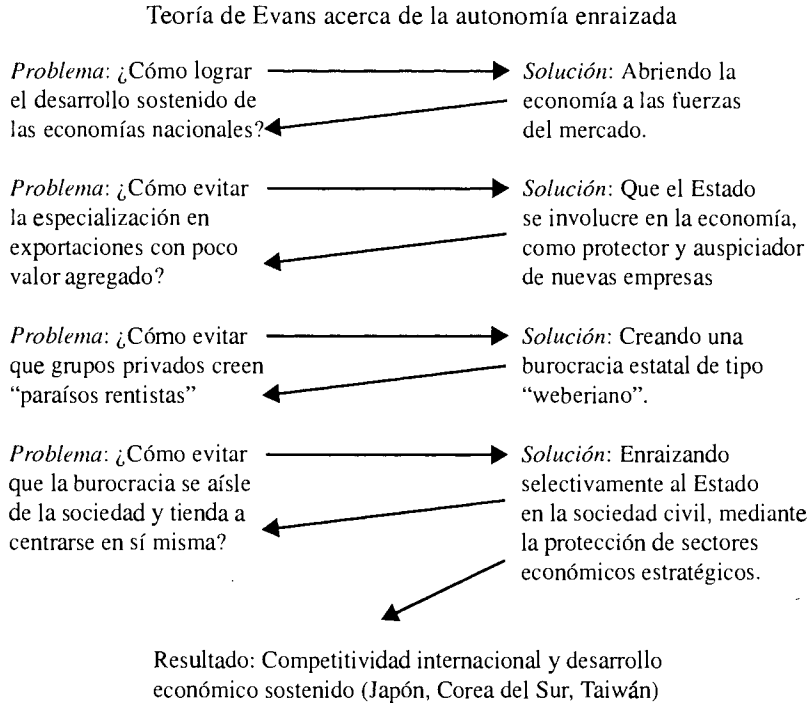
En lo relativo a la política, el hecho de estar consciente de la dialéctica de la vida social no conduce a la parálisis, sino a formas más cautas de intervención. Para ello es preciso que se haga cierto cuestionamiento riguroso de los planes iniciales y el análisis de las diversas contingencias en cada etapa de la implantación del programa. En particular, tal conciencia da origen a dos consideraciones prácticas: en primer lugar debe avanzarse con cautela, prestando mucha atención a los resultados fortuitos e influencias externas; en segundo lugar debe verse bien a los actores clave y sus definiciones de la situación. Este conocimiento es importante para prever sus reacciones a la intervención externa.

Debe pensarse, por ejemplo, en un programa para mejorar la calidad de la educación en las escuelas públicas que se basa en aumentar el “capital social” entre los padres y maestros. Se espera que el capital social, expresado como mayor conocimiento mutuo y más confianza, dé por resultado mejoras generales en la calidad de las escuelas.⁶⁷ Para tal efecto se elabora un programa de incentivos cuyo propósito es alentar a los padres a que asistan a las reuniones escolares, así como a otros actos de la escuela. La lógica del programa es clara y puede representarse como una serie de pasos progresivos: la intervención ocurre en la forma de incentivos económicos que fo-

⁶⁶ Evans no ofrece criterios empíricos claros para diferenciar en forma adecuada los estados “enraizados” de aquellos que no lo son. Esto puede llevar a la tautología, si se definen como “estados enraizados” sólo aquellos que han tenido éxito en promover el desarrollo económico. Cuando esta identificación se hace *ex post facto*, la teoría se reduce a decir que si un Estado logra crecimiento económico, entonces estuvo enraizado. Sin embargo, esta deficiencia no es fatal, ya que puede superarse con la especificación mensurable de las diferencias entre los estados capturados por los intereses privados y los que activamente guían sus economías.

⁶⁷ Robert D. Putnam, “The Prosperous Community: Social Capital and Public Life”, *American Prospect*, núm. 13, pp. 35-42; James S. Coleman, “The Design of Organizations”, *op. cit.*

Figura 2.



Fuente: Peter Evans, *Embedded Autonomy: States and Industrial Transformation*, Princeton, Princeton University Press, 1995.

mentan mayor interacción social → los padres y los maestros se reúnen y como resultado, se incrementa su comprensión mutua → ello da lugar, a su vez, a que los padres apoyen más los esfuerzos de los maestros y a la asistencia mutua para la educación de los niños.

Esto es posible, pero en el proceso surgen varios problemas que pueden dar lugar a resultados distintos. Para su mejor comprensión cabe resumirlas en tres tipos de variables: 1) el marco cognitivo en el que los padres y maestros interpretan la política, y la posibilidad de que alguna de las partes tenga objetivos ocultos que difieren de los que se expresan de manera abierta; 2) consecuencias inesperadas de una mayor interacción, como pueden ser fricciones raciales o una mayor conciencia de las debilidades mutuas; 3) factores externos que impidan la puesta en marcha de las decisiones que se tomaron de

manera colectiva. Las contingencias pertenecientes a cada uno de estos tres tipos son múltiples y pueden producir efectos muy distintos de los esperados.⁶⁸

Desplazarse en dirección de un determinado objetivo nunca es fácil, ya sea en términos científicos o políticos. La sociología se ha mantenido mayormente, fiel a su tradición empírica, y junto con ello, fiel a un enfoque en la complejidad de los procesos sociales. En lugar de auto-designaciones como “ingenieros sociales” o “arquitectos sociales”, que corren el peligro de una *hubris* prematura, propongo la de “artesanos sociales” para aquellos que participan en la construcción o reconstrucción de las instituciones sociales. Como los artesanos del pasado, que aplicaban sus habilidades con minuciosa atención a la cualidad y singularidad de su material, así también pueden proceder las intervenciones deliberadas en el mundo real. Si este análisis es correcto, la posibilidad de que la sociología contribuya a reconstruir la sociedad en este nuevo siglo no radica en la elaboración de esquemas grandiosos, sino en análisis detallados de procesos sociales específicos, en la conciencia de sus manifestaciones ocultas e inesperadas, y en los esfuerzos sostenidos para comprender las definiciones de la situación de los participantes. Sin este esfuerzo, lo más probable es que cualquier plan de reconstrucción institucional, sin importar cuán bien diseñado esté, siga el destino de tantas otras intervenciones fracasadas del pasado.

⁶⁸ Entre algunos de esos efectos alternos, los siguientes son, cuando menos, posibles:

- Los padres se decepcionaron por el fracaso de programas pasados y no asisten. El programa fracasa;
- los padres asisten y socializan de buena fe, pero cuando se dan cuenta de las deficiencias de los profesores y de la escuela empiezan a buscar otras alternativas, incluido el cambio a una escuela privada;
- amenazados por las iniciativas independientes de los padres, los maestros y los administradores retiran su apoyo al programa, el cual fracasa, dejando una situación peor que la que había antes de que empezara;
- los padres y los maestros se reúnen para mejorar las cosas, pero descubren que en realidad necesitan recursos materiales para mejorar la infraestructura de la escuela y facilitar los contactos externos de los estudiantes. La administración escolar no responde a esas demandas y se produce una desmoralización general.